

Crítica de arte

Poema, rostros y rastros

por Carlos Lastarria Hermosiila



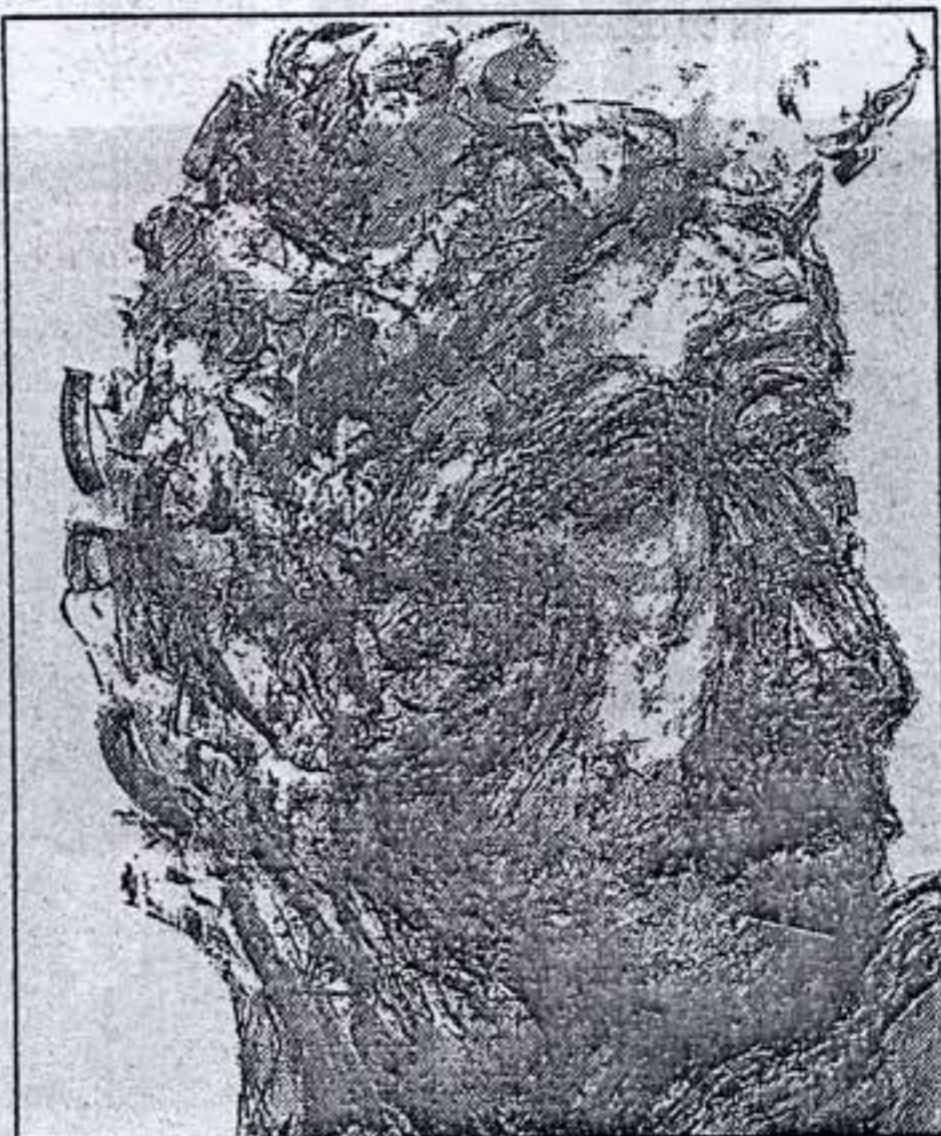
El tema del rostro del ser humano, partiendo de la imagen del David, de Miguel Ángel, es lo que desarrolla la pintora Alicia Larraín Chaux en su exposición en la Sala El Farol de la Universidad de Valparaíso.

Con una trayectoria iniciada en la década del '70 y con múltiples exposiciones, tanto en Chile como en el exterior, Alicia Larraín llega a nuestra ciudad con una serie de rostros en diversas expresiones. Parte de un poema escrito por ella. Luego desarrolla sus rostros, los que reflejan diversos estados de ánimo y diversas situaciones. Lo que une el conjunto es la secuencia, la que no tiene otro orden que la que le dé el espectador en su libre recorrido por la sala universitaria.

Son diez rostros de grandes proporciones, elaborados con los elementos tradicionales de la pintura. Su técnica es bastante expresiva y emplea con fuerza y vigor los colores, ya sean fuertes o suaves. Ello de acuerdo al contenido de cada rostro.

Donde se sale de lo tradicional es en el complemento de cada imagen. Al lado izquierdo o derecho de cada rostro, ha colocado una serie de barras verticales con la misma imagen, pero fragmentada. Allí, las impresiones son digitales sobre tela sintética. Con ese montaje se produce un efecto visual. De frente, sólo partes del rostro; de lado, según se mire, aparece la fisonomía del mismo motivo principal. Son, al decir de la pintora, sus códigos de barras. Tan comunes en todos los productos de consumo que incluso están alcanzando al ser humano. El código de barras, al parecer, terminará por dejar de lado toda otra identificación y quizás hasta la huella digital deje de tener importancia.

Los rostros de Alicia Larraín son una reflexión que parte de una obra de especial importancia para la historia del arte universal, como lo es el David de



Miguel Ángel, escultura monumental que resume no sólo la expresión y grandeza sino que también belleza y perfección en sus formas y contenido. La pintora toma esa obra y la diluye, la fuerza, la desdibuja, la altera y, en general, la somete a los dolores y pesares del hombre de todos los tiempos, pero especialmente el hombre contemporáneo que ha llegado a ser un número o un código.

Los títulos y la descripción es adecuada. El "Evadido", en tonos

grises y esfumado; el "Expuesto", una imagen dolorida en tonos de rojo y negro. "Afrentado" prácticamente desarticula la imagen. "Tambaleante", en gris y negro desplazado. "Desarticulado", con sólo líneas infinitas que revuelven y entrecruzan. "Marcado" también en gris y negro, con marcas evidentes de su condición. "Primigenio", en rojo y esencialmente vital y casi sin rasgos. "Amortajado", rostro en negro como trazos de carboncillo y envuelto en tiras rojas sangrantes. "Desmoronado" como un rostro que se deshace tras un cristal mojado y con una fuerte sensación de frío. Termina con "Enmadejado", rostro enredado entre líneas negras cual grafismo envolvente.

La pintora completa su montaje con una serie de paneles a todo lo largo de cada obra, colocados en la parte inferior. Son elementos de identificación y recorrido. Es su pentagrama, que señala el recorrido de la huella del rostro humano a través de su existencia terrenal en todos sus momentos y situaciones.

En sus obras, Alicia Larraín logra una perfecta unión entre lo conceptual y lo visual. Entre la obra y su contenido, con plena armonía entre sus ideas y su propuesta plástica de un enorme valor y gran presencia, que no puede dejar indiferente al espectador.